

ESCENAS DE ESPACIO. EXPERIENCIA Y PRODUCCIONES DE LOCALIDAD EN LA MIGRACIÓN PERUANA EN SANTIAGO

SPACE SCENES: EXPERIENCE AND LOCALITY PRODUCTIONS AT PERUVIAN MIGRATION IN SANTIAGO

Fecha recepción: agosto 2016 / fecha aceptación: diciembre de 2016

Alejandro Garcés H.*

Resumen

A partir de la identificación y exploración etnográfica de espacios urbanos de la ciudad de Santiago, que consideramos claves o arquetípicos de la reproducción y visibilidad de la experiencia migrante peruana, intentamos caracterizar la forma en que distintas prácticas sociales dinamizan estos espacios, desdoblado sus sentidos primeros para producir una espacialidad que soporta la transnacionalidad de los flujos. ¿Cuáles son las formas que toma la presencia de la migración peruana en el espacio público del centro de Santiago? ¿De qué mecanismos y recursos se vale este proceso de construcción social o apropiación del espacio urbano? ¿De qué manera estos espacios vinculan los contextos de origen y destino para sostener una dinámica transnacional?

Palabras claves: espacio urbano, localidad, migración peruana, transnacionalismo.

Abstract

From identifying and ethnographic exploration of urban spaces in the city of Santiago, which we consider key or archetypal on reproduction and visibility of Peruvian migrant experience, we try to characterize how different social practices invigorate these spaces, unfolding their first senses to produce a spatiality that supports transnational flows. What are the forms that the presence of Peruvian migration in the public space in downtown Santiago? What mechanisms and resources uses this process of social construction or appropriation of urban space? How these spaces link the contexts of origin and destination to sustain a transnational dynamic?

Keywords: urban space, locality, Peruvian migration, transnationalism.

* Doctor en Antropología Social. Académico de la Universidad Católica del Norte. Dirección postal: Calle Le Paige 380, San Pedro de Atacama. CP1410000. Email: ajgarcés@gmail.com

Introducción

A partir de la identificación y exploración etnográfica de espacios urbanos de la ciudad de Santiago, que consideramos claves o arquetípicos de la reproducción y visibilidad de la experiencia migrante peruana, intentamos caracterizar la forma en que distintas prácticas sociales dinamizan estos espacios, desdoblado sus sentidos primeros para producir una espacialidad que soporta la transnacionalidad de los flujos. Para ello, hemos concentrado nuestro trabajo en tres espacios de las comunas de Santiago e Independencia en la capital, y que en otros trabajos hemos concebido como centralidades migrantes (Garcés 2011, 2012). ¿Cuáles son las formas que toma la presencia de la migración peruana en el espacio público del centro de Santiago?, ¿de qué mecanismos y recursos se vale este proceso de construcción social o apropiación del espacio urbano?, ¿de qué manera estos espacios vinculan los contextos de origen y destino para sostener una dinámica transnacional? A continuación, intentamos dar respuesta a estas preguntas presentando cinco dimensiones de estos fenómenos de producción de localidad y apropiación del espacio urbano, dimensiones que escenifican de modo diverso la experiencia migrante espacializada que analizamos.

Espacio como aglomeración

Si bien juega un importante papel en la identificación y delimitación de los espacios urbanos, la concentración espacial de los comercios de la migración peruana en Santiago no se presenta aislada de otras localizaciones de lo peruano en la ciudad (Margarit y Bijit, 2014). Las ocupaciones del espacio público contiguo a las formaciones comerciales constituye su correlato quizá natural, como a continuación veremos.

La observación de los procesos que tienen lugar en el centro de Santiago nos revela el carácter crítico para la reproducción económica y social de la migración peruana, cuestión que se actualiza en la construcción de un espacio urbano dotado de una diversidad de prácticas y significaciones que le otorgan al mismo un carácter polifuncional y polisémico (Garcés, 2006, 2007). Al observar sobre un mismo plano la dinámica de los comercios y la de los usos de las calles circundantes, vemos cómo la teórica distinción entre espacios públicos y privados tiende a difuminarse para quedar en un lugar puramente abstracto, en tanto sabemos que se trata en términos prácticos de una cuestión contingente y variable culturalmente, y más importante aún, se trata de nociones que en los espacios urbanos contemporáneos se encuentran en constante yuxtaposición¹. La diversidad de usos del espacio -como veremos- puede estar en estrecha relación con la opacidad de la distinción público-privado.

¹ Fenómenos de este tipo puede observarse en la privatización de espacios públicos -caso de los barrios privados o a las urbanizaciones cerradas por ejemplo (Girola, 2005)-, o de espacios privados de uso público, caso este último en que destacan los grandes centros comerciales (Portal, 2007).

El espacio público ocupado por los migrantes peruanos en calle Catedral, donde se concentra la mayor parte de los comercios inmigrantes y la población transeúnte tanto migrante como nativa, no resulta de una gran extensión. Se trata fundamentalmente de tres o cuatro calles al norponiente de la Plaza de Armas, incluyendo a ésta última algunos días de la semana. Pueden observarse allí distintas actividades que pasan principalmente por la reunión espontánea en la calle de distintos grupos de personas, una economía informal traducida en la venta ambulante de comidas preparadas, música, películas, etc., y el establecimiento de negocios en los rubros de la alimentación, envío de remesas y comunicaciones en general. La presencia de los migrantes aquí puede ser descrita como *permanente* en cuanto se extiende durante toda la semana, manteniendo un relativo equilibrio en cuanto a la presencia masculina y femenina, con la excepción del fin de semana en que se intensifica de modo notable la presencia femenina. En este sentido es importante recordar que la migración peruana a Chile y a Santiago en particular, se expresa en un flujo mayoritariamente constituido por mujeres (Araujo, Legua et al., 2000; Martínez Pizarro, 2003b), y que se emplea principalmente en el servicio doméstico. La intensiva ocupación de este espacio los fines de semana por parte de mujeres peruanas se correlaciona efectivamente con los días de descanso con que éstas cuentan, y en que gran parte de ellas se dirigen al centro para reunirse con amigos o familiares, comer platos peruanos en las cocinerías y restaurantes, enviar dinero y comunicarse vía Internet o teléfono con sus lugares de origen. La descripción de la actividad de un domingo por parte de una mujer peruana empleada en el servicio doméstico ilustra bien este uso:

"Y ese día, yo estaba esperando a mi amiga peruana, estuve para un buen rato en la Catedral. Yo tenía unas cosas que entregar a mi tía, y después yo con mi amiga... y mi tía tenía su comida ahí... Le entregué las cosas que tenía que darle, nos quedamos conversando... y después nos fuimos a entrar a las tiendas a mirar, una que otra liquidación, que mi amiga me dice que la acompañe, que necesita tal cosa... Y después ya nos despedimos y cada quien a su trabajo, y ese fue el programa del día domingo pasado"(Charo, peruana, trabajadora del servicio doméstico).

Pues bien, resulta de suma importancia en este sentido comprender que la construcción de este espacio urbano por parte del colectivo migrante peruano se encuentra íntimamente ligada a la condiciones de trabajo o a los nichos de empleo a los que éstas poblaciones acceden. El desplazamiento por la ciudad que estimula la ubicación del lugar de empleo (servicio doméstico en la zona oriente de la capital fundamentalmente) por una parte, y la localización de los lugares de encuentro y acceso a diversos servicios propios de la migración por otro, desdibuja o pone en cuestión la correlación entre la forma espacial y las relaciones sociales en la ciudad que nos proponía la escuela de Chicago con sus 'áreas naturales'. Estas representarían un óptimo de distribución de las diferencias en el espacio urbano, un isomorfismo entre unas áreas geográficas y unas áreas social y culturalmente diferenciadas (Burgess, 1974; Zorbaugh, 1974; Park, 1999).

Precisamente en sentido crítico a esta correlación Martínez Veiga plantea la actuación, en el caso de los migrantes trabajadores del servicio doméstico, de una segregación espacial que no operaría por la distancia física que se establece entre los grupos, sino que por el establecimiento de unas relaciones sociales que articuladas en el trabajo, separan o aíslan a unos individuos de otros, invisibilizándolos respecto del colectivo. Este aislamiento entre unas trabajadoras y otras es resuelto de manera colectiva por el grupo migrante a través de los llamados ‘fenómenos de aglomeración compensatoria’, entendidos como centros de reunión, al aire libre o no, donde los miembros de un determinado colectivo se congregan. “Se trataría hasta cierto punto de lo que podríamos denominar con el término de ‘guetos instantáneos’, en donde se produce la segregación, que tiene su razón de ser en la transmisión de información entre unos y otros y la reconstitución, ampliación y desarrollos de las redes migratorias que juegan un papel fundamental en la vida de estas poblaciones” (Martínez Veiga, 1999, p.114).

“Lo que pasa es que hay muchas personas que trabajan puertas adentro. Entonces salen los domingos y no tienen a donde ir. Entonces se quedan sentados ahí, las ves comiendo, almorzando, porque no tienen a donde ir, no alquilan una pieza. Están ahí, pasan su día, a las 8 ó 9 ya se van. A su trabajo... Acá se encuentran. Acá tú vienes buscando un peruano y lo encuentras”(Carla, peruana, atiende un centro de llamados en calle Catedral).

“Hay muchas personas que no tienen pieza, trabajan los sábados, o bien domingo ves que hay mucha gente, hay gente que no arrienda pieza, lo que se llama en Perú un cuarto. Lo ahorran, por mandar dinero a Perú, salen todo el día, están en la calle y en la noche se van de vuelta a su trabajo... son asesoras del hogar, entonces muchas no tienen donde quedarse...”(Miguel Ángel, peruano, asociación de migrantes trujillanos).

La ‘aglomeración compensatoria’ implica, sin embargo, suponerle al grupo una unidad como colectivo anterior al proceso migratorio, más allá o como telón de fondo de las trayectorias o historias individuales del desplazamiento. Más bien, para este caso, las caracterizaciones acerca de los perfiles de estas migrantes señalan una importante diversidad de orígenes geográficos y de niveles educacionales (Martínez Pizarro, 2003a, 2003b), haciendo difícil suponer una homogeneidad que permita advertir la presencia de un colectivo impedido de desenvolverse como tal.

Así pues, podemos observar la tensión entre una fuerza centrípeta de las relaciones sociales del grupo representadas en la aglomeración y la agregación por una parte, y la fuerza centrífuga expresada en el aislamiento (del trabajo doméstico en este caso) por otra. La primera fuerza localiza la experiencia migrante, su sociabilidad al interior de los límites siempre difusos de los espacios urbanos por ellos ocupados, y que en este sentido podrían ser caracterizados por el conjunto de actividades y

necesidades propias de la experiencia migrante que allí se ven satisfechas. La aglomeración viene a ser la expresión espacial de esta fuerza centrípeta.

Por otro lado, los lugares de trabajo impondrían una fuerza centrífuga que en términos espaciales implican los nuevos desplazamientos que deslocalizan, disuelven la lógica del espacio como aglutinador y como único vector de visibilidad de la presencia migrante en el espacio urbano. La actividad de esta fuerza posibilita dibujar unos nodos en la ciudad y unos desplazamientos por la misma que inhiben pensar estos espacios como cerrados sobre sí mismos, que se expliquen acotadamente por el conjunto de relaciones y funciones que se actualizan al interior de sus fronteras, sino que como un nodo que sirve o que extiende una territorialidad migrante en el conjunto de la ciudad. En este sentido, si caracteriza a estos espacios una concentración del comercio inmigrante, la residencialidad no presenta la misma dinámica, o al menos sus pautas de concentración exceden con mucho los límites de los espacios en que trabajamos. Los sectores de trabajo que por su magnitud son más potentes en su capacidad de absorber la mano de obra inmigrante, tanto masculina como femenina, se encuentran en otros espacios de la ciudad, particularmente en el caso del trabajo doméstico (el sector más importante), y ubicado de manera fundamental en los municipios ricos del sector oriente de la capital.

Junto con Delgado podríamos decir que contra la homogeneidad con la que suelen caracterizarse los barrios de inmigrantes o los llamados enclaves étnicos, lo que les describe más bien son las entradas y salidas, los tránsitos, los flujos por los que circulan las personas, y las cosas habríamos de agregar. “Se sabe perfectamente, por lo demás, que los <barrios de inmigrantes> no son homogéneos ni social ni culturalmente, y que, más incluso que los vínculos de vecindad, el inmigrante tiende a ubicarse en tramas de apoyo mutuo que se tejen a lo largo y ancho del espacio social de la ciudad, lo que, lejos de condenarle al encierro en su gueto le obliga a pasarse el tiempo trasladándose de un barrio a otro, de una ciudad a otra” (Delgado, 1999, p.44).

De este modo, observamos espacios que se desbordan precisamente por aquello que compensan, que no pueden explicarse unívocamente por aquello que ocurre, o nunca mejor dicho, *tiene lugar* en su interior, sino que necesariamente debemos encuadrarlos o encajarlos en la dinámica general de la que forman parte. Si las trabajadoras del servicio doméstico ‘puertas adentro’ usan este espacio durante sus días libres, es entonces que el trabajo doméstico convierte al espacio en un nodo, un punto más en el dibujo de una territorialidad migrante que se extiende por el conjunto de la ciudad.

Espacio como redes y trabajo

Ahora bien, sin duda una de las características fundamentales que pueden explicar la continuidad y permanencia en el tiempo de la ocupación de estos espacios públicos dice relación con que se han constituido en escenario privilegiado para la actuación de las redes migratorias, en el soporte material para el establecimiento de vínculos y flujos de diversa especie y función. Más allá de las condiciones económicas en el país de origen y la cercanía geográfica entre los países que vincula el flujo que analizamos, las redes sociales determinan y organizan socialmente la migración con un grado de autonomía importante respecto de los procesos de carácter más general, dando lugar a la operación de una microestructura de la migración, esto es, sistemas que permiten vincular de manera dinámica las poblaciones de las sociedades emisoras y receptoras (Gurak & Caces, 1998, p.77), las redes sociales de la migración permiten un flujo de bienes e informaciones que resultan claves tanto para el mantenimiento de vínculos con los lugares de origen, como para la integración y la reproducción social y económica de estas poblaciones.

Las consecuencias de una migración organizada a través de redes se relacionan por una parte con la rapidez en la transmisión de información, de bienes y servicios, y por otra con la predictibilidad y sistematicidad que le otorga al proceso, dándole un carácter autosostenido o autoalimentado, e independizándolo de las condiciones históricas, sociales y económicas concretas tanto de la sociedad receptora como de la emisora, cuestión que podría explicar el que aun cuando las condiciones económicas empeoren el flujo se mantenga (Martínez Veiga, 1999, pp.152-3). Interesa entonces dar cuenta de la importancia que éstas tienen al momento de organizar o determinar en muchos casos los usos que los migrantes y sus organizaciones hacen del espacio urbano. La autonomía con que funcionan las redes migratorias y la forma en que se anidan en la sociedad de destino va dotando de contenido a la apropiación que los migrantes hacen de los espacios urbanos.

“Me siento en la escalera de una de las salidas pequeñas de la Catedral. Mientras estoy allí sale un pequeño grupo de turistas gringos, hombres y mujeres mayores, acompañados por un guía que les dice más o menos rápido: ‘This is the peruvian area.’ Tenemos una colonia grande de peruanos aquí, se reúnen aquí los primeros días.” Y casi como no queriendo profundizar más en esto se lleva a los turistas hacia otro lugar, mientras estos le siguen y otros se distraen tomando fotos” (Nota de campo, 26/02/09).

Este ‘se reúnen aquí los primeros días’ que señala escuetamente un guía turístico en el centro de Santiago da cuenta de uno de los primeros sentidos respecto de la formación de este espacio público de la migración peruana en Santiago: se trataría de un lugar para la primera instalación, un primer lugar al que se puede llegar a la ciudad y donde hacer los primeros ‘contactos’. Se impone aquí el sentido práctico de relatos que marcan la importancia del centro de la ciudad para el flujo migratorio peruano.

“Me vine solo... tenía una prima, no me encontré ese día, sino yo llegué en el momento adecuado a la Plaza de Armas, encontré hartos peruanos que estaban abandonados ahí y no teníamos donde llegar. Pero yo tenía una prima acá y la prima estaba en Viña del Mar, pero en ese entonces yo no conocía donde quedaba Viña del Mar, donde quedaba Valparaíso... y pero el frío, en un tiempo que la Plaza de Armas era distinta que la actualidad. Me quedé por tres días con unos amigos ahí durmiendo en la Plaza de Armas, en las banquetas, hasta que llegó la prima que le dije, me llevó a su casa y ahí empezó la rutina de trabajo... (José, peruano, vendedor ambulante).”

Como se extrae del relato de José, comerciante ambulante en distintas zonas de la capital, el espacio del centro constituyó incluso, además de un lugar donde se articulan unas redes, y un espacio de trabajo para el tipo de comercio que luego terminó realizando, un lugar de alojamiento en los primeros días de su llegada a la ciudad.

Con todo, lo que en primer lugar se manifiesta es la emergencia del espacio urbano como un lugar que permite acceder a empleo, no necesariamente por cierto en condiciones formales. La aglomeración en la centralidad de calle Catedral se relaciona con la forma en que este espacio organiza un flujo de información relativa a la búsqueda de empleo por parte de los migrantes. De este modo, las posibilidades de acceder a empleos principalmente en los sectores de la construcción y el servicio doméstico podría explicar la presencia constante de migrantes peruanos de diversas edades a la espera de ser ‘enganchados’ para distintas labores, por períodos acotados de tiempo y de manera informal o sin contrato de trabajo.

“Tres chilenos vociferan bajándose de un auto la oferta de trabajo ‘con contrato’, que necesitan a la gente mañana lunes temprano, mientras engrapan en un árbol el anuncio de estas vacantes acompañadas de unos números telefónicos. En general, el tono de los ofertantes me resulta bastante prepotente, pero al mismo tiempo condescendiente con migrantes, con frases del tipo ‘vamos que yo no muerdo, los espero mañana’. Mientras los peruanos los escuchan y miran de reojo, y a uno de ellos que está a mi lado le escucho decir ‘vayan a la conchsumadre’. Le pregunto y me cuenta que pagan 180 mil pesos, o sea 5 ó 6 lucas² diarias, aunque aparte les pagan las imposiciones, pero que igual 180 mil es muy poco me dice” (Nota de campo, 29/06/08).

Así, la posibilidad de acceder a un empleo no se encuentra sustentada de manera exclusiva en la transmisión de información entre la población peruana, en tanto característica de la red migratoria, sino que se observa además la localización de un nicho de mano de obra barata por parte de personas o empresas locales. De cualquier modo es necesario señalar que normalmente las condiciones laborales en que se desarrollan estas actividades nunca son regulares, teniendo más bien la forma de *pololos*, o

² Luca = mil pesos.

chambas en la jerga peruana, esto es, trabajo informal. Pues bien, podemos observar el papel de las redes sociales migrantes en el acceso a empleo, en tanto éste se verifica ya no sólo por la injerencia de la población nativa chilena que se acerca a estos espacios en busca de mano de obra barata y en condición irregular, sino que se observa cómo el mismo espacio público, o la aglomeración en él, se convierte en el recurso necesario para la articulación de las redes familiares y de amistad como vehículos de la información para acceder a empleo, o para satisfacer otro tipo de necesidades.

Otra forma de rastrear más precisamente la construcción de este espacio como recurso lo podemos encontrar en los *itinerarios*³ cotidianos de algunos migrantes. El caso de Luis es sintomático a este respecto. Con treintaicinco años, pareja y dos hijos, procedente de Lima donde trabajaba de almacenero, llega a Santiago de Chile en 2005. Según cuenta, por esa fecha su primo llegó de vacaciones a Lima desde Santiago con el fin de que el resto de la familia conociera a su nueva hija nacida en Chile. Durante la visita, Luis fue escuchando como le contaban ‘maravillas’ de Chile, que se trataba de un país más ordenado, donde iba a poder encontrar una oportunidad mejor de trabajo y de vida. Toma así la decisión de dejar su trabajo y a su familia en Perú, mientras su pareja trabaja unos terrenos y unos animales que su familia tiene en el campo, y que no podían dejar. Una vez en Santiago, Luis realiza diversas actividades laborales, aunque pasa por intermitentes períodos de desempleo. Es en este contexto donde emerge para este migrante el espacio de calle Catedral como lugar donde se verifica toda una sociabilidad propia de la migración peruana, y donde las oportunidades de acceso a un trabajo se constituyen en uno de los ámbitos más importantes.

“Mire, yo estaba aquí como siempre, yo desde que he llegado yo he venido a la Catedral. Yo estaba ahí sentado y llegaron unos caballeros contratistas, y ahí me contrataron, yo tenía carnet, estoy a regla... habrá pasado una semana que estuve así en la Catedral, al tiro se puede decir que encontré trabajo.”

-¿Y cuando trabajabas, ¿los fines de semana te quedabas en casa?

“No, los fines de semana siempre he venido para acá. Como ahora, yo vengo en la mañana, entro a Internet, estoy como una hora en internet, yo hablo con mis hijos, llamo por teléfono, entramos a chatear, puede ser una o dos horas, a lo mucho puede ser dos horas. Esto por la mañana. Y después yo me voy a la Vega. Y me pongo a ayudarlo a la gente con la fruta. Porque como tengo amigos en la Vega, amigos chilenos, les ayudo a cargar cajones, a tapar fruta, entonces yo estoy ahí, para no acostumbrarme a no hacer nada. Por ejemplo hoy día fui pero me dijeron que era muy tarde, me demoré mucho en Internet... Yo no puedo llegar a la casa y decir no tengo trabajo y quedarme en la casa, echa'o durmiendo en la pieza, se enferma uno... y si yo veo que como hasta las dos, tres, no pasa nada, como cuando me vio usted el otro día, y como a las cuatro me llegó un pololo, un trabajito... para descargar una telas, y nos quedamos hasta las siete o siete y

³ Usamos la idea de *itinerario* aquí en el sentido de recorridos que conectan lugares que tributan bienes o servicios complementarios, recorridos que suponen la existencia de redes sociales de parientes y familiares (Imilan, 2003:62-4).

media. Me salió trabajo. Desde las 7 estamos acá, más o menos hasta las seis o siete de la tarde."

-¿Y luego te vas a la Vega a comer o trabajar?

"No no, me voy a comer, los días particulares⁴. No trabajo en la Vega en los días particulares porque no me conviene, porque uno no es un trabajo estable, y no me pagan un precio. Por ejemplo si yo hago un trabajito me pagaran como mucho 5 mil pesos allá, en cambio acá me puede salir por 10 mil... eso los fines de semana por ganar algo nada más. No es un recurso que merezca. A veces uno vuelve después de comer y ya no encuentra nada durante todo el día. Entonces si no sale nada yo lo tomo tranquilo no más porque sé la situación que hay. Mantener la tranquilidad, yo sé que tarde o temprano va a haber trabajo. Y me salió. Estoy trabajando actualmente. Pero yo sé que el trabajo no dura, yo sé que tengo para un mes, y voy a estar parado otra vez. Hasta que la situación se mejore."

El itinerario de usos del espacio que plantea el relato de Luis nos remite a la construcción de los ritmos socioespaciales, a la construcción de una espacio-temporalidad que aplicaba Corsín-Jiménez en su etnografía de la ciudad de Antofagasta como proceso de construcción espacial. Aquí la espacialidad es construida como un flujo de eventos, como una espacio-temporalidad, más como un pasar que como la permanencia en un lugar (Corsín-Jiménez, 2003). A la manera de un relato de espacio, como una manera de tejer recorridos entre distintos puntos, Luis va señalando el uso que realiza del espacio, las maneras en que lo atraviesa.

Una primera cuestión relevante dice relación con que Luis no vive en la zona que hemos delimitado, ni siquiera vive en el territorio municipal en cuestión, el municipio de Santiago, sino que vive en una de las comunas del sur de la capital. La atracción que genera este espacio para el colectivo peruano explica el que diariamente éste se desplace hasta el centro de la ciudad, participando de la red de movimientos que éste produce y que le desbordan como espacio. Por otra parte, Luis señala ir regularmente a la Vega en la perspectiva de almorzar durante los días de semana, o en la perspectiva de realizar algún trabajo los fines de semana, de manera tal que su desplazamiento conecta de manera directa dos espacios de calle Catedral y de la Vega Central. Finalmente, el relato de espacio de Luis hace emerger otro sentido en que el espacio opera como recurso y que dice relación el acceso a servicios propios de la condición migrante: el uso de los centros de llamados e internet para la comunicación con quienes quedaron en los lugares de origen. Con todo, lo interesante del relato de Luis es la manera en que organiza el espacio, cómo el conjunto de lugares y cosas que se encuentran en el espacio son dotados de unos sentidos que son la consecuencia

⁴ Se refiere a los días laborales de la semana.

de una práctica del espacio. Es la práctica social⁵ la que espacializa unos lugares que, sin esta fuerza, serían sólo neutralidad, exterioridad, mero escenario de unos acontecimientos.⁶

Espacio residencial

Estos espacios migrantes actúan también como recurso para la población peruana en tanto se articula en o sobre ellos una específica oferta de vivienda, fundamentalmente de alquiler. Como se ha señalado, el principal sector de empleo para la población migrante peruana es el trabajo doméstico, y dentro de éste el de carácter interno o 'puertas adentro', como se suele llamar en Chile, es el más común. Esto trae como consecuencia el que tanto empleadores como empleados compartan el mismo lugar residencial, y por lo tanto en este caso no pueda observarse una segregación espacial por efecto de la vivienda, dado que el índice de 'disimilaridad', entendido como la medida de la segregación espacial de unos grupos respecto de otros (Martínez Veiga, 1999, p.22), sería negativo. Sin embargo, la residencialidad de la migración peruana en Santiago no se ve reducida a este patrón.

De acuerdo a los datos del censo de 2002, la residencia de los migrantes peruanos se distribuye en comunas de la capital en que la oferta de empleo en el servicio doméstico no es precisamente relevante. En el caso de las manzanas que rodean la concentración migrante de calle Catedral, ubicado en la comuna de Santiago, la presencia residencial peruana no es muy importante, bordeando el centenar de personas de origen peruano⁷. De hecho, la particularidad de este espacio radica más en la concentración de sus comercios y en la formación de una economía étnica, que en la presencia residencial, que tiende a concentrarse en otros sectores de la comuna donde se encuentra una oferta mayor de vivienda en alquiler. La primacía de la orientación comercial de las edificaciones en la zona de Catedral es además anterior a la llegada y asentamiento de la población migrante.

Como bien señala Mujica Petit (2004), los programas de vivienda del Gobierno de Chile, aunque no incluyen ningún tipo de prescripción que implique una discriminación en razón de nacionalidad o país de origen del aspirante a una vivienda, están más bien destinados a la compra de vivienda, cuestión que implica mayores costos y procesos más o menos largos de pago. En este marco, la situación de los migrantes es de nuevo desventajosa dado la dificultad para acceder a estos programas por carecer de los ahorros y garantías necesarias. Así, emerge nuevamente el papel de las redes

⁵ Entendida en términos generales como el conjunto coherente (pero no necesariamente consciente) de comportamientos y actitudes identificables en el conjunto de la vida cotidiana (conjunto que adquiere coherencia en virtud de las relaciones sociales) (Kergoat, 1994, p.517).

⁶ Como bien señala Corsín-Jiménez en su etnografía de Antofagasta, el espacio debe dejar de ser comprendido como algo exterior a las relaciones sociales, sino como algo inherente a ellas, esto es, el espacio es una condición o facultad, una capacidad de las relaciones sociales. Es lo que la gente hace, no dónde lo hace (Corsín-Jiménez, 2003, p.140).

⁷ Fuente: INE (Instituto Nacional de Estadísticas de Chile). Unidad de Comercialización, Julio 2008.

sociales de la migración como forma de solventar esta carencia: “La alternativa para resolver los problemas de carencia de vivienda de la población migrante ha reposado, una vez más, en las redes sociales existentes. La manera de resolver esta dificultad, en primera instancia ha consistido en el alquiler de viviendas antiguas, cuyas habitaciones son transformadas luego en departamentos compartidos por varias personas. En la medida en que el migrante logra estabilizarse y mejorar sus ingresos, mejora las condiciones de estas viviendas y en no pocos casos, se desplazan a otras zonas” (Mujica Petit, 2004, pp.55-6).

Ahora bien, el supuesto que opera en la perspectiva de Mujica es que la activación de las redes es una respuesta de alguna forma automática que las poblaciones inmigrantes desarrollan frente a las dificultades que plantea la vivienda. Las reciprocidades y solidaridades entre los migrantes que traen como consecuencia una determinada forma de habitar este espacio, esto es, el alquilar habitaciones y compartir los servicios de la vivienda con otros migrantes y sus familias, supone una cierta correspondencia entre una organización espacial (la forma alquiler) y un fenómeno de la estructura social del grupo en cuestión, expresado en la existencia o activación de una red de relaciones (Martínez Veiga, 1999, p.123). Sin embargo, como advierte el mismo autor, es necesario matizar esta incierta correspondencia.

A partir de la influencia de la escuela de Chicago se asume que los espacios de la ciudad ocupados residencialmente por los inmigrantes siguen procesos típicos o inevitables de invasión-transición-expulsión, y en particular las zonas étnicamente mixtas eran denominadas ‘zonas de transición’ (Aramburu, 2001; Park, [1925]1967). Si extrapoláramos esta perspectiva para aplicarla al caso de los migrantes en Santiago, podríamos suponer la existencia de una zona de transición en los barrios de conventillos y cités de Independencia en que alquilan habitaciones los migrantes y sus familias. Esto es, se trataría de viviendas antiguas en franco proceso de deterioro en cuanto a confort y servicios que son ocupadas por poblaciones de recursos escasos (los migrantes en este caso) en espera de ser reformadas o derribadas para erigir nuevas edificaciones, para su posterior ocupación por nuevas poblaciones de más altos recursos en lo que podría entenderse como un típico proceso de *gentrificación*.⁸

En este sentido, como señala Martínez Veiga la zona de transición abre la posibilidad de pensar un proceso de *filtrado y goteo*, como una supuesta actuación *pura* del mercado en términos de que en este proceso se darían dos fenómenos conjuntos: el cambio de ocupantes de un grupo social con más recursos a otro que tiene menos, y un proceso de abaratamiento en el precio de la vivienda que se filtra hacia abajo. Así pues,

⁸ La socióloga británica Ruth Glass acuñó este término en 1964 para significar la afluencia de personas más ricas en ciudades o barrios que sustituyen a las clases más bajas que viven allí (Glass, 1964). Decía “Uno a uno, muchos de los barrios obreros de Londres han sido invadidos por las clases medias. Miserios, modestos pasajes y cottages –dos habitaciones en la planta alta y dos en la baja– han sido adquiridos, una vez que sus contratos de arrendamiento han expirado, y se han convertido en residencias elegantes y caras. Las casas victorianas más amplias, degradadas en un período anterior o reciente –que fueron usadas como casas de huéspedes o bien en régimen de ocupación múltiple– han sido mejoradas de nuevo. Una vez que este proceso de “gentrification” comienza en un distrito, continúa rápidamente hasta que todos o la mayoría de los originales inquilinos obreros son desalojados y el carácter social del distrito se transforma totalmente” (en García, 2001).

podría observarse la actuación de un mecanismo redistributivo del mercado mediante el cual las viviendas que han sido ocupadas por grupos más pudientes, con el paso del tiempo pueden ser ocupadas por grupos más modestos. Sin embargo, lo que se observa más bien es el hecho de que estas viviendas en deterioro se alquilan a inmigrantes, sin arreglarlas ni introducir mejora ninguna, obteniendo una ganancia que sería imposible pensar si las mismas fueran ocupadas por parte de la población nativa. Como señala el mismo autor, “lo que está impidiendo la discriminación en el sector de la vivienda es que actúen las fuerzas del mercado, pero es un fenómeno económico muy rentable para los propietarios...” (Martínez Veiga, 1999, p.17). En el marco de esta especie de subsector del mercado de la vivienda en Santiago, los migrantes peruanos están en desventajosa posición que les hace vulnerables al abuso de los propietarios.

Estos elementos no pasan desapercibidos para muchos migrantes, en particular para quienes tienen una mayor cantidad de tiempo residiendo en estos sectores de la ciudad. Si bien por una parte se apela a una suerte de solidaridad entre migrantes que les hace asumir de manera colectiva los costos de la vivienda, parece ser en realidad la presión de los propietarios de estos inmuebles quienes fuerzan este tipo de actuaciones por parte de los migrantes. He aquí la precaución de entender las redes migratorias como un mecanismo que explicaría por sí solo la forma en que se organiza la migración al momento de acceder a la vivienda. Como si lo migrante estuviera predeterminado a unas formas de usar el espacio (piénsese en el hacinamiento). Esto no es menor si se considera que a partir de allí se construyen estereotipos acerca de la migración peruana que operan como dispositivos de estigmatización de estas nuevas poblaciones, y que cooperan a su vez a reproducir su segregación tanto espacial como simbólica.

Espacios apropiados

La formación de estos espacios urbanos de la migración peruana como *locus* de recursos para su reproducción social y económica, algunas veces como escenario de las redes sociales migrantes y en otras en ausencia de éstas, y que he representado arquetípicamente en las posibilidades que el espacio ofrece para acceder a empleo y vivienda, no agota sus posibilidades en tanto proceso de apropiación del espacio urbano y/o de construcción de una nueva territorialidad migrante en la ciudad. La satisfacción de aquellas necesidades, en o a partir de la experiencia social de participar de estos espacios, lleva aparejada o presenta de manera yuxtapuesta un conjunto de prácticas y discursos que cooperan en la producción de un sentido de pertenencia para la migración peruana, que le anclan a unos espacios determinados, al mismo tiempo que les desbordan.

Una aproximación evocadora a los efectos de dar cuenta de esta construcción en el caso de la experiencia migrante, nos la entrega la distinción entre *home-building* y *place-making* (Castles & Davidson, 2000, p.130-132) y aplicada posteriormente por Thayer al caso de la migración ecuatoriana en Madrid y su apropiación del espacio entendida como ocupación física de los lugares públicos. Los conceptos de *home-building* y *place-making*, se entienden como procesos fundamentales para la construcción del sentido de pertenencia de los inmigrantes al espacio de las sociedades de recepción. En el primero habría un proceso subjetivo de *estar en el hogar*, basado fundamentalmente en componentes afectivos que dicen relación con la seguridad, la familiaridad, la comunidad y el sentido de posibilidad (Hage, 1997, citado en Castles y Davidson, 2000:131). Esto es lo que para Thayer constituye un proceso de apropiación del espacio en sentido simbólico (Thayer, 2007:61).

Por su parte, el *place-making* será entendido como un conjunto de consecuencias urbanas objetivas y fenomenológicas derivadas del proceso de construcción de una comunidad de inmigrantes. Esta construcción espacial se derivaría de tres prácticas: nombrar los lugares del contexto receptor aludiendo a los lugares del contexto de procedencia; realizar rituales o actos públicos que refuerzan la pertenencia y la cohesión grupal; establecer instituciones orientadas a cubrir las necesidades de los inmigrantes y a potenciar la vida social (op. cit., p.61).⁹ En cualquier caso ambos procesos se retroalimentarían y darían lugar a la formación de una comunidad étnica entendida como la concentración de grupos étnicos en áreas específicas, estableciendo unos usos específicos de los espacios residenciales y de los espacios públicos (Castles & Miller, 1993:205)

En el caso del fenómeno que estudiamos, el conjunto de consecuencias urbanas objetivas que se derivan de la inserción de la población migrante peruana tiene una expresión particular en la formación de estos espacios, en cuyo interior hemos visto como la concentración comercial constituye uno de los elementos que principalmente le determinan. Sin embargo, estos comercios se vuelcan sobre el espacio urbano, marcándolos quizás a través de los nombres que identifican sus locales, pero también cooperando en circunscribir un espacio público sobre el que se sedimentan unas prácticas de uso del espacio y unos consecuentes sentidos de pertenencia.

Uno de los más notados dice relación con su configuración como lugar de *reunión* y *encuentro* de los migrantes peruanos. La ocupación permanente del espacio público en calle Catedral que anteriormente presenté como una consecuencia por ejemplo del acceso a empleo por parte de los migrantes, emerge ahora aparejada a otras actividades de un orden ya no tan funcional. He dicho aparejada porque resulta dificultoso definir qué actividad supone las otras, o cuál es fundamental frente a otras que serían complementarias. La polifuncionalidad y la polisemia que caracteriza a estos espacios urbanos queda manifiesta.

⁹ En el estudio de Thayer el proceso de *place-making* se puede circunscribir o puede ser entendido como un proceso de apropiación *material* del espacio (Thayer, 2007:62).

Si bien la superposición de distintas actividades y funcionalidades es bastante evidente en el espacio, sí se puede distinguir la actuación del espacio como lugar de encuentro en las percepciones de los mismos migrantes. La idea de encontrarse con gente que no se ha visto durante un tiempo o el mero hecho de sentirse acompañado suele erigirse como una suerte de factor *atractor* del espacio.

“Entonces eso era desolado, de repente yo llegaba a la Plaza de Armas, la plaza era distinta, la Catedral tenía como unas escaleras, no estaba el metro, había un baño ahí, y era difícil encontrarse con un peruano. De repente me sentía solo, me sentaba en una banca de la plaza y veía una morena y me decía ‘hola tu eres de Perú?’, ‘yo soy de Chimbote...’ Hacías amistad así pero era difícil encontrarse con otro peruano ... porque los peruanos nos hemos acostumbrado. Bueno yo voy, tengo negocio... pero el peruano ya encontró punto de encuentro, se encuentran en la Plaza de Armas, toda la gente anda de Puente a Bandera, dando vueltas ahí. El fin de semana es un mercado ése, se llena.”

-¿Y a tu esposa de ahora como la conociste?

“Yo la conocí en el centro. Un día miércoles me vine a llamar acá al centro de llamados y me puse a sentar frente a La Conga y pasó la niña por ahí, se le cayó su pañuelo, ese un momento adecuado para poderla conocer” (José L.).

En este sentido, el que muchos de los migrantes peruanos se hayan desplazado solos a Santiago, dejando en Perú a sus familias suele plantearse como explicación de esta suerte de necesidad de reunirse. Junto a la *aglomeración compensatoria* que señalamos anteriormente, se puede señalar que ésta también incluye a muchos varones que también desarrollan su proyecto migratorio dejando a las familias respectivas en origen. Los hombres en busca de trabajo son quizás quienes mantienen una presencia más permanente en estos espacios, hasta que consigan un empleo que los obliga a desplazarse hacia otros lugares. Mientras tanto, la presencia femenina tiende a concentrarse los fines de semana, fundamentalmente los días domingos, en que tienen libre en sus trabajos como empleadas domésticas ‘puertas adentro’.

Pues bien, como decíamos tiene también lugar una dimensión puramente relacional, no funcional del espacio en el sentido de satisfacer necesidades básicas de las poblaciones migrantes. Aquí puede ser útil el concepto de *lugar* desarrollado por Agnew y que estaría compuesto de tres elementos: una *localidad*, entendida como los marcos formales e informales dentro de los que se dan las interacciones sociales (no se trataría solo de escenarios físicos, sino que también la forma en que concretamente son utilizados de manera rutinaria por los actores sociales en sus interacciones y comunicaciones cotidianas); una *ubicación*, espacio geográfico que incluye la localidad y que es afectado por procesos económicos y políticos en las escalas regional, nacional y global, y; un *sentido de lugar*, entendido como una estructura de sentimiento o una

orientación subjetiva de vivir en un lugar particular, en el que individuos y comunidades desarrollan profundos sentimientos de apego a través de sus experiencias y memorias. El sentido de lugar expresa entonces el sentido de pertenencia a lugares particulares e inserta una fuerte orientación subjetiva al concepto de lugar mismo (Agnew, 1987; Oslender, 2002).

Así, la conformación de una cierta sociabilidad migrante que redundaría en un sentido de pertenencia –muy cercana a la idea de lugar antropológico en Augé–, nos remite a un espacio de relaciones para el colectivo peruano en Santiago, donde las dimensiones afectivas en orden a construir un entorno de seguridad y confianza resultan también fundamentales. Si seguimos el relato de Luis, aquel migrante peruano que antes nos mostraba un itinerario de desplazamientos por distintos espacios en busca de trabajo, nos ilustra ahora también una cierta sociabilidad y acompañamiento que él hace respecto de algunos compatriotas en aquellos mismos espacios que antes describíamos para el acceso a empleo.

“Sí, almuerzo en la Vega. Yo en la tarde vengo a estar acá, así como me has visto ahora. Ahí converso con un amigo que tiene años acá trabajando, y también me cuenta sus problemas, o sea hay una comunicación. Yo tengo un montón de compatriotas que llegan, me cuentan los que les pasa, a veces ellos me cuentan que llegan estresados, problemas con su familia de acá, o problemas con su familia de allá, y ellos me cuentan sus historias. Ahorita me estaba contando el compadre que extraña mucho a su familia y que está ilegal y no sabe cómo regresarse al Perú... o sea yo siempre tratando de darle ánimo porque yo sé el hombre como se siente. Pero así como él hay muchos” (Luis).

Hay aquí una cuestión de interés teórico para la construcción de un espacio público para lo migrante, acerca de la memoria del espacio. Decía Joseph a propósito de Goffman, que si bien lo urbano es un campo ideal para la observación etológica y etnográfica de los rituales, un terreno donde la visibilidad mutua y la copresencia constituyen la estructura y los recursos de la coordinación, finalmente se trataría de un terreno en que el etnógrafo no encontraría ni comunidades con sus miembros, ni las categorías de la sociología tradicional, individuos, colectivos (Joseph, 1999:43), pareciendo apuntar a un entorno urbano que inhibe la consolidación de unas sociabilidades que escapan a relaciones puramente instrumentales, aquellas en que predomina la circulación y la inestabilidad.

El predominio de las relaciones cara a cara, el orden ciertamente comunitario de interacción que percibe un observador ‘externo’, remite a la construcción de una esfera de sociabilidad dotada de certidumbre para los migrantes. Como bien señalan de la Haba y Santamaría en su crítica a la *razón espacial*, “la constitución de (auto)dominios específicos (incluso marcados “étnicamente”) es un modo inmediato de acomodación del que disponen los grupos en situación de cohabitación pluricultural. En

estos contextos, la afirmación identitaria sobre el espacio público, sobre sus objetos y referentes físicos, no debe ser interpretada de forma unívoca como una negación de la coexistencia, sino más bien como un reflejo de las distancias sociales o culturales, y sobre todo como un modo -variable, inacabado y sujeto a permanentes reformulaciones y compromisos- de gestión de los alejamientos y reconocimientos socioculturales. En ella se contiene ante todo una pugna por regular y controlar la visibilidad, la ocultación o el anonimato propio, y eventualmente, la existencia/inexistencia de los otros” (de la Haba & Santamaría, 2004, p.129).

En este sentido, lo que los usos del espacio por parte de la migración peruana nos muestra es su dimensión no neutral respecto de lo que allí ocurre, no configura un mero receptáculo de unas interacciones sociales, sino que las produce al ser por un lado una fuente de recursos para la reproducción económica de muchos migrantes, y por otro al generarse allí una dinámica de concentración que determina la visibilidad de lo peruano en el conjunto urbano. Sin embargo, esta dinámica se fundamenta en principios diferentes de lo que sería una urbanidad propiamente moderna, basada en la plena legibilidad, la circulación y el anonimato de los participantes del espacio público (Delgado, 1999; Joseph, 1999a). La otra, ahora nueva urbanidad que impone la forma aglomerada de lo peruano en Santiago, aparece por el momento fundada en relaciones cara a cara, en una reciprocidad y una solidaridad que supone el compartir, quizás no una localidad de origen, pero sí una experiencia migrante en destino.

Espacio desterritorializado y espacio transnacional

Al centrarnos en los efectos del desplazamiento, se observa cómo de manera implícita emerge un cuestionamiento a aquella concepción de la cultura que la concibe localizada tanto espacial como temporalmente, clausurada en el territorio con el que se la identifica. En efecto, el concepto de *desterritorialización* permite una aproximación a las experiencias migrantes, en tanto que suspensión o puesta entre paréntesis de aquella noción que entiende que los sistemas culturales encuentran su clave en la relación con un territorio determinado (García Canclini, 1990, p.288). En la misma dirección apunta el concepto de culturas *multilocales*, esto es, culturas que no remiten a límites geopolíticos específicos, como si en éstas hubiera de manera a priori una “... *aptitud para recrear una cultura en diversas localizaciones*” (Clifford, 1999, p.305). Podemos esperar entonces que las experiencias inmigrantes puedan ser entendidas como experiencias desterritorializadas, en tanto suponen una conciencia de al menos dos imaginarios culturales, cada uno con sus propios ambientes y espacios, inhibiendo de este modo la relación unívoca de una cultura y un territorio, e introduciendo al mismo tiempo una tensión o una redefinición de lo que constituye lo local para estas poblaciones en movimiento, donde la co-presencia física deja de ser un factor de carácter imprescindible. Las comunicaciones que posibilitan los nuevos espacios

urbanos creados por la inmigración pueden caracterizarse precisamente por unas sociabilidades que actualizan lo local en diferentes espacios, o creando un nuevo, ya no clausurado en el contexto de origen o en el de recepción.

La posibilidad de articular o comunicar una localidad de origen y otra de destino para la migración internacional remite al nuevo contexto en que estos flujos se manifiestan y que dan lugar a la formación de un momento transnacional para las migraciones. Una de las definiciones clásicas acerca de la caracterización de los flujos migratorios actuales como transnacionales es aquella que entiende el uso de la noción de transnacionalismo como el énfasis en la emergencia de un proceso social en el cual los migrantes establecen campos sociales que cruzan fronteras geográficas, culturales y políticas. Dentro de estos campos los migrantes desarrollarían o mantendrían múltiples relaciones a través de las fronteras nacionales, ejecutarían acciones, tomarían decisiones, en definitiva participarían dentro de un conjunto de redes sociales que les convertirían en *transmigrantes* (Glick Schiller, Basch et al., 1992, p.1; Basch, Glick Schiller et al., 1994). La nueva estructura analítica para la migración busca examinar cómo los transmigrantes usan sus relaciones sociales y sus múltiples identidades generadas a partir de su simultáneo posicionamiento en una serie de locaciones sociales, tanto para acomodarse como para resistir las difíciles circunstancias y a las ideologías dominantes que ellos encuentran en sus espacios transnacionales (Glick Schiller, Basch et al., 1992, pp.4-5).

En paralelo, otro de los debates que ha tenido lugar a este respecto dice relación con la eventual transformación del rol del Estado. Esquemáticamente sólo señalaré que por un lado tendríamos a quienes caracterizan un momento de declive del Estado-nación, o si quiere un estado debilitado desde el capital transnacional. Es este sentido, se entiende que los Estados verían decaer sus esferas de influencias frente a la primacía que aquí tendrían los flujos económicos y financieros transnacionales, y la evidencia de unas poblaciones y unas mercancías que circulan a través de sus fronteras. En esta perspectiva suele ubicarse el trabajo de Appadurai, quien caracteriza una nueva economía cultural global y un nuevo rol del Estado que no pueden verse reducidos a modelos basados en la idea de centro y periferia, modelos simplificados del empuje y tire de la teoría migratoria, modelo de los excedentes y el déficit (balanza comercial), modelos de los productos y consumidores de la teoría marxista, entre otros (Appadurai, 1998, pp.32-33).

Frente a este tipo de enfoques, estudiosos de la perspectiva transnacional reaccionan intentando poner en perspectiva el rol de los estados en el contexto del transnacionalismo. Se señalará el hecho de que históricamente los Estados-nación han mantenido vivas las conexiones transnacionales de sus diásporas en el extranjero, emprendiendo procesos de promoción activa de la "reincorporación transnacional" de los migrantes a sus proyectos centrados en el Estado-nación. Se entiende entonces que la estrategia por parte de los estados de origen pasa por la re-esencialización de su

identidad nacional y su extensión a los ciudadanos en el extranjero como una forma de mantener la lealtad de estas poblaciones, fomentando de paso una adaptación instrumental de sus nacionales en las sociedades receptoras al tiempo que inhiben su asimilación cultural y promueven la preservación de su propia cultura nacional (Guarnizo & Smith, 1999, p.93).

La importancia de esta re-esencialización de lo nacional es singularmente relevante a los efectos de nuestro trabajo en términos de que ésta se apoya en un conjunto de bienes o mercancías (las comidas, las músicas, algunas ornamentaciones de los espacios comerciales) que marcan la apropiación de un espacio, operan simbólicamente una identidad y que terminan convirtiéndola en un objeto de consumo, el consumo de lo peruano. Y hay aquí una coincidencia con Appadurai en términos del rol del Estado en el marco de una *modernidad desbordada*, y que dice relación con la función *patrimonializante* de unos estados que intentan monopolizar los recursos morales de la comunidad, ya sea mediante el reclamo de una coetaneidad perfecta entre nación y Estado, o bien *museificando* y tratando de representar a todos los grupos contenidos en el Estado mediante un conjunto de políticas relativas a la herencia y el patrimonio cultural (Appadurai, 1998:39).

Es quizás una de las manifestaciones en el espacio público más notables de esta cuestión en Santiago de Chile, la constituye la organización de la celebración de las fiestas patrias por parte del consulado y embajada peruana en un parque de la capital.

Durante la tarde se desarrolló el programa musical previsto, donde pude observar grupos de música tradicional peruana, donde destacaba la intérprete de folklore Martina Portocarrero y luego un grupo de música más tropical, másailable. El recinto se encontraba lleno de gente, según recuerdo más que la celebración del año pasado. Dominaba en el espacio el comercio de comidas preparadas, de una gran variedad: secos, caldos, polladas, anticuchos de corazón, postres, tamales, etc., además de la venta de cervezas (vi bastante cerveza Cuzqueña) y algunas tiendas que vendían productos peruanos, frutos secos, sobres con bases para preparar platos tradicionales como el seco o el ají de gallina (a 1.000 pesos). También resultaban esta vez notorios los puestos de jugos naturales, particularmente de naranja y piña. El ambiente resulta muy familiar, bastante equilibrado entre hombres y mujeres, y heterogéneo en términos etéreos (Nota de campo, Día Nacional del Perú, domingo 27 de Julio de 2008).

Hay aquí una puesta escena de la migración peruana en Santiago. La actividad normalmente organizada entre el consulado peruano y algunas organizaciones peruanas en la ciudad, comienza por la mañana normalmente con una misa católica, continúa con las respectivas palabras del cónsul y el embajador, para dar paso luego a la presentación de un show artístico-cultural que trata en general de abarcar o ser representativo de las distintas tradiciones regionales en el Perú. En general, las alocuciones

y discursos que se realizaron durante el evento, mantenían ausente la referencia a la Independencia del Perú, o en general a alguna cuestión de actualidad en las localidades de origen. Más bien los discursos se centran en un reclamo de reconocimiento de la presencia migrante en la ciudad y su aporte al desarrollo del país. La performance aquí producida, los repertorios musicales y culinarios a los que se echa mano apuntan precisamente a este reconocimiento de una diferencia y a la puesta en circulación para su consumo. En este sentido, la dinámica parece ser similar a la que describía Berg para el caso de este tipo de celebraciones de los migrantes peruanos en Estados Unidos, aunque aún sin la consolidación de una demanda por participación de los migrantes al nivel de las instituciones políticas en la sociedad de destino (Berg, 2005, pp.55-56).¹⁰

El espacio urbano así ocupado en Santiago por los migrantes peruanos, pone a disposición de los mismos los materiales para lo que Appadurai denominaría el trabajo de la *imaginación* en la vida social¹¹, que en este caso cooperan en la producción de unos paisajes que sostenidos en el flujo de personas y mercancías, escenifican una continua evocación de los territorios de origen a partir de elementos que son resignificados y territorializados en destino. “Estos paisajes vienen a ser algo así como los bloques elementales... con los que se construyen... los *mundos imaginados*, es decir, los múltiples mundos que son producto de la imaginación históricamente situada de personas y grupos dispersos por todo el globo” (Appadurai, 1998, p.47). El siguiente pasaje de una entrevista da cuenta de este usos y de la fuerza atractora que en un sentido más que comercial, funcional o de acceso a servicios tienen los espacios urbanos así apropiados.

“... porque para mí el nexa con la idea de Perú es éste. Este espacio, incluso Santo Domingo, Bandera, Catedral, Puente, toda esta manzana... por los rostros, por los olores, por las cosas que veo, es como eso... en las noches alguna vez he pasado por acá y se siente todos los olores. En la mañanas, las comidas. Es fuerte o sea, no sé si para las otras personas tendrá el mismo significado pero a mí me llama mucho este espacio. Cuando yo llegué mi mamá me dijo ‘te voy a llevar a conocer un lugar que te va a hacer sentir que no estás en otro país’... Y me trajo, vinimos en la noche por acá. Y dije ‘¡es cierto!’... Incluso mira, es algo curioso, pero cuando trabajaba en La Pintana¹² yo siempre necesito hacer trasbordo. Y podría bajarme en cualquier lado para llegar hacia Bandera y tomar la micro¹³ en Bandera ya? Pero me bajo donde sé que voy a poder atravesar este espacio. No sé si será cosa mía o en general ocurre con mucha gente, pero es

¹⁰ Como bien señala Berg las ciencias sociales comúnmente ven los eventos públicos en comunidades de migrantes como espectáculos miméticos que copian, reproducen, recontextualizan o se apropian de prácticas culturales que se consideran originales de otros contextos. En este sentido, se propone no reducir la cultura a pura etnicidad, repertorializada digamos, sino preguntarse por las formas en que ésta se produce y circula para su consumo (Berg, 2005, pp.37-38).

¹¹ Para Appadurai la imaginación en el mundo contemporáneo se ha vuelto “un campo organizado de prácticas sociales, una forma de trabajo (tanto en el sentido de realizar una tarea productiva, transformadora, como en el hecho de ser una práctica culturalmente organizada), y una forma de negociación entre posiciones de agencia (individuos) y espectros de posibilidades globalmente definidos... es un hecho social en sí mismo y es el componente fundamental del nuevo orden global” (Appadurai, 1998, p.45).

¹² Comuna del sur de la capital. En transporte público está ubicada al menos a una hora del centro de la ciudad.

¹³ Autobús de transporte público.

como atravesar este espacio que para mí es grato, es como ver caras 'oye esto... hola como estás...' es como rico" (María Elena).

Lo arriba relatado da cuenta de un tránsito o de una manera de recorrer los lugares que termina por sintetizar la diversidad de sentidos que se aglutinan sobre el espacio de calle Catedral, desde la calle como lugar de encuentro, pasando por la construcción de un sentido de pertenencia que se cristaliza en ese 'te vas a sentir como que no estás en otro país', hasta la disposición de una gran diversidad de productos peruanos, mercancías que traídas desde origen son dispuestas para el consumo a través del comercio ambulante y establecido.

Sin embargo, para algunos autores este tipo de fenómenos no constituirían o no darían el perfil de lo que habría que entender por transnacionalismo. La definición de Portes y colaboradores, una de las más extendidas, asume que lo que habrá que caracterizar como transnacional son aquellas actividades que requieren contactos sociales regulares y sostenidos a través de las fronteras nacionales (Portes, Guarnizo et al., 1999, p.219). La estabilidad que esta definición supone, escapa en principio a la esporádica experiencia del espacio que nos relataba María Elena. En este sentido, me parece que habría que hacer aquí algunos alcances. Por una parte, si bien el relato no supone una actividad constante ni el establecimiento de vínculos o una comunicación directa con origen, sí se sirve de un espacio que precisamente es de manera constante desbordado en sus límites para dar vida a unas actividades que sí suponen este vínculo constante con los lugares de origen, como lo es la importación de productos o la actuación de los negocios como constantes catalizadores de nuevos viajes y movilidades. En esta línea apunta también el análisis de Stefoni respecto de la consolidación del comercio gastronómico en el centro de Santiago, que fue "posible en la medida en que se desarrollaron una serie de prácticas transnacionales (tanto de peruanos como de chilenos), que han permitido mantener un vínculo permanente con ambos lugares. La creciente importación de productos peruanos hacia Chile, los viajes para ir en busca de trabajadores especializados en gastronomía, las llamadas para que viajen parientes o amigos que puedan ayudar en los negocios o cafeterías son algunos ejemplos" (Stefoni, 2008, p.223).

En este sentido, podría decirse que María Elena, asentada ya en Santiago hace ocho años, no mantiene esos vínculos regulares y persistentes a través de las fronteras nacionales que caracterizarían la definición de transnacionalismo de Portes y colaboradores arriba citados. Pese a ello, su experiencia de la ciudad parece verse cargada de estas referencias a los territorios de origen, dando lugar a unas apropiaciones de la ciudad en la forma de relatos de espacio, entendidos como acciones narrativas que organizan el espacio, que articulan un recorrido productor de localidad, que 'hacen el viaje, antes o al mismo tiempo que los pies que lo ejecutan' (de Certeau, 2000, p.128). Lo interesante de esta perspectiva es que los relatos habilitarían la creación de un teatro de acciones, un campo que autoriza prácticas sociales arriesgadas y contingentes (op cit. 136-37). Es lo que podríamos ver actualizándose en el relato de

María Elena, a partir de la profusa concentración de comercios orientados a la población migrante, de la concentración y permanencia de individuos en el espacio público, y en este caso específico de unas mercancías (las comidas con sus olores, la música con sus sonidos...) que aportan el material para la construcción de unos relatos que transnacionalizan los espacios de la migración peruana.

También en clave de la formación de un espacio que se desborda podemos ver la articulación de unas ciertas *formas de ser y de pertenecer* a un campo social transnacional, precisamente a partir de la idea de simultaneidad entendida como el hecho de llevar una vida que incorpora las instituciones, las actividades y las rutinas diarias que se sitúan tanto en el país de destino como transnacionalmente (Levitt & Glick Schiller, 2004, p.1003).¹⁴ Por una parte, podríamos observar una forma de pertenecer al campo a través de la participación de María Elena a una organización folklórica, en términos de que habría allí una membrecía que se hace explícita en la participación en unas actividades que dan cuenta de un esfuerzo consciente por producir una identidad.

“Yo entré el 2003. ¿Y cómo lo conocí? Porque yo siempre he estado, no en búsqueda, pero es como que mi inclinación natural es a encontrar espacios donde me sienta cómoda. Entonces yo estaba colaborando con una organización, el Comité de Refugiados Peruanos. Y una de las niñas que participaba en la organización me dijo que ‘dicen que se ha formado un grupo como de danza’... Y cuando llegué había unas 40 personas, no más. Y todas estaban bailando, uy, me sentí tan bien. Habían la mayoría mujeres, porque tú sabes la migración peruana... entonces a mí siempre me ha gustado bailar, no me he pertenecido a un grupo de danza en el Perú, pero me gustaba...”

Como se observa, resulta clara una identificación manifiesta con un colectivo al que se pertenece, pero que no se queda exclusivamente a nivel discursivo, si no que se actualiza en la práctica de esta organización. Por otra parte, opera también una *forma de ser* encarnada en el *relato de espacio* de María Elena, en el uso que ella hace del mismo, dando cuenta de unas prácticas sociales que actualizan una identidad sin la necesidad de argüir una identificación previa. La forma de *pasar* por el espacio verifica una identidad que se realiza y ritualiza en el itinerario, en el trayecto que cruza el espacio, para luego tender a desaparecer una vez que se ha pasado. Dos prácticas, dos identificaciones, dos formas de transnacionalizar un espacio. Actuando de manera situacional, el mismo individuo participa de ambas formas de producir lo migrante peruano en Santiago.

¹⁴ Por un lado, las *formas de ser* remiten a relaciones y prácticas sociales existentes en la realidad en las que participan los individuos, más que las identidades asociadas con sus actividades, donde los sujetos pueden estar incorporados a un campo social, pero no reconocerse con un membrete o una política cultural asociados con ese campo. Tienen la potencialidad de actuar o identificarse en un momento determinado. Por el otro las *formas de pertenecer* nos remiten prácticas que actualizan una identidad, contacto consciente con un grupo específico. No son simbólicas sino prácticas concretas y visibles que señalan una pertenencia (llevar una cruz para los cristianos, agitar una bandera, seleccionar una tradición culinaria particular...), de manera tal que combinan la praxis con una conciencia del tipo de identidad que está ligada con cada acción (Levitt & Glick Schiller, 2004, p.1010).

Conclusiones

A partir del reconocimiento de la heterogeneidad de la migración peruana en Santiago y de la consideración del espacio centralmente como una práctica social en qué ente adquiere entidad material y simbólica, hemos caracterizado la experiencia espacial y producción de localidad de la migración peruana, a través de la utilización de cinco escenas que intentan ser comprensiva de su complejidad. Estas escenas nos permiten transitar por la materialidad de la vivienda y comercios migrantes, por sus sentidos más prácticos ligados al trabajo, al desplazamiento por la ciudad, hasta los sentidos de pertenencia asociados a las formas de ser y pertenecer a una comunidad transnacional. En otras palabras, las distintas escenas propuestas apuntan a la consideración tanto de aquellos elementos que se resuelven físicamente en un espacio concreto (unas necesidades y economías migrantes), junto con la visibilización de aquellas dinámicas que apuntan a la formación de un espacio desterritorializado y transnacional, un espacio que media entre origen y destino, o donde la formación de un espacio urbano se convierte en el soporte material de una dinámica transnacional. Las escenas de espacio presentadas permiten mostrar que se trata de movimientos complementarios, no excluyentes.

En este sentido, la producción de localidad que describimos para la migración peruana en Santiago, evoca la distinción entre *vecindarios* espaciales y virtuales que desarrollara Appadurai (1998, p.195). Las escenas de espacio tratadas parecieran participar de ambas formas de producción de localidad. Por un lado, emergen la aglomeración de lo peruano, las redes, el trabajo, la residencia y los espacios apropiados, participando de las lógicas sociales y económicas que suponen la inserción en destino, con toda esa pléyade de interacciones basadas en la contigüidad física que describimos; y por otro lado, desbordan los confines de aquella primera localización para construir una *otra* territorialidad, una sin aparente base física, que parece solo mediar entre origen y destino de la migración, pero que existe sólo en la medida de su concreta cristalización bajo la forma de espacios practicados.

Referencias Bibliográficas

- Agnew, J. (1987). *Place and politics: the geographical mediation of state and society*. Boston: Allen & Unwin.
- Aramburu, M. (2001). El mito de la "huída" autóctona. El caso de Ciutat Vella, Barcelona. *Scripta Nova. Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* 94(63). Recuperado de <http://www.ub.es/geocrit/sn-94-63.htm>
- Appadurai, A. (1998). *Modernity at large. Cultural dimensions of globalization*. Minneapolis - London: University of Minnesota Press.
- Araujo, K., Legua, M., y Ossandón, L. (2000). *Migrantes andinas en Chile. El caso de la migración peruana*. Santiago: Fundación Instituto de la Mujer.
- Basch, L., Glick-Schiller, N. y Blanc-Szanton, C. (1994). *Nations unbound: transnational projects, postcolonial predicaments and desterritorialized nation-states*. Langhorne: Taylor & Francis.
- Berg, U. (2005). ¿Enmarcando la 'peruanidad'? La poética y la pragmática de un espectáculo público entre los migrantes peruanos en Nueva Jersey. En U. Berg & K. Paerregaard (Eds.), *El Quinto Suyu. Transnacionalidad y formaciones diaspóricas en la migración peruana* (pp.37-68). Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Burgess, E. (1974). El crecimiento de la ciudad: introducción a un proyecto de investigación. En G. A. Theodorson (Ed.), *Estudios de ecología humana 1*. Barcelona: Labor.
- Castles, S. y Davidson, A. (2000). *Citizenship and migration: Globalization and the politics of belonging*. London: Macmillan Press.
- Clifford, J. (1999). *Itinerarios transculturales*. Barcelona: Gedisa.
- Corsín-Jiménez, A. (2003). On Space as a Capacity. *Journal of Royal Anthropological Institute* 9: 137-153.
- De Certeau, M. (2000). *La invención de lo cotidiano 1: Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.
- De la Haba, J. y Santamaría, E. (2004). De la distancia y la hospitalidad: consideraciones sobre la razón espacial. *Athenea Digital* 5, 124-134.

Delgado, M. (1999). *El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos*. Barcelona: Anagrama.

García Canclini, N. (1990). *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.

García, L. (2001) Elitización: propuesta en español para el término *gentrificación*. *Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales* VI(332). Recuperado de: <http://www.ub.es/geocrit/b3w-332.htm>

Garcés, A. (2006). Configuraciones espaciales de lo inmigrante: usos y apropiaciones de la ciudad. *Papeles del CEIC* 20, CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), Universidad del País Vasco (pp.1-34). Recuperado de: <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/20.pdf>

Garcés, A. (2007). Entre lugares y espacios desbordados: formaciones urbanas de la migración peruana en Santiago de Chile. *Serie Documentos. Facultad de Ciencias Sociales - Universidad Central* 2 (5-22). Recuperado de: http://cultura-urbana.cl/pdf/AGarces%20-%20entre_lugares_y_espacios_desbordados.pdf

Garcés, A. (2011) De enclave a centralidad. Espacio urbano, comercio y migración peruana en Santiago de Chile. *Gazeta de Antropología* 27/2, 1-24. Recuperado de: http://www.ugr.es/~pwlac/G27_38Alejandro_Garces.html

Garcés, A. (2012) Localizaciones para una espacialidad: territorios de la migración peruana en Santiago de Chile. *Chungara. Revista de Antropología Chilena*, 44(1), 163-175. Recuperado de: http://chungara.cl/Vols/2012/44-1/Localizaciones_para_una_especialidad.pdf

Girola, M. (2005). Tendencias globales, procesos locales: una aproximación al fenómeno de los conjuntos residenciales con seguridad de la región metropolitana de Buenos Aires. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana* 43, 1-24. Recuperado de: <http://www.aibr.org/antropologia/43sep/articulos/sep0501.pdf>

Glass, Ruth (1964). *London: aspects of change*. London: MacGibbon&Kee.

Glick-Schiller, N., Basch, L. y Blanc-Szanton, C. (1992). Transnationalism: A new analytic framework for understanding migration. En: N. Glick Schiller, L. Basch & C. Blanc-Szanton (Eds.), *Towards a transnational perspective of migration. Race, class,*

ethnicity and nationalism reconsidered. New York: Annals New York Academy of Sciences.

Guarnizo, L. y Smith, M. (1999). Las localizaciones del transnacionalismo. En G. Mummert, *Fronteras fragmentadas*. México: Colegio de Michoacán-CIDEM.

Gurak, D. y Caces F. (1998). Redes Migratorias y la formación de sistemas de migración. En G. Malgesini (Ed.), *Cruzando Fronteras. Migraciones en el sistema mundial*. Barcelona: Icaria.

Imilan, W. (2003). *La ciudad invisible. Intromisión de la antropología en la relación entre la experiencia espacial y la identidad*. Tesis de magister. Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago.

Joseph, I. (1999). *Erving Goffman y la microsociología*. Barcelona: Gedisa.

Kergoat, D. (1994). Por una sociología de las relaciones sociales. Del análisis crítico de las nuevas categorías dominantes a una nueva conceptualización. En C. Borderías, C. Carrasco y C. Alemany(Eds), *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales*. Madrid: Icaria.

Levitt, P. y Glick-Schiller, N. (2004). Conceptualizing Simultaneity: A Transnational Social Field Perspective on Society. *International Migration Review* 38 (3), 1002-1039.

Margarit, D. y Bijit, K. (2014). Barrios y población inmigrantes: el caso de la comuna de Santiago. *Revista INVI*, 29(81), 19-77.

Martínez Pizarro, J. (2003a). Breve examen de la inmigración en Chile según los datos generales del Censo de 2002. Santiago: OIM-Chile.

Martínez Pizarro, J. (2003b). El encanto de los datos. Sociodemografía de la inmigración en Chile según el censo de 2002. *CEPAL Serie Población y Desarrollo* 49, 1-60.

Martínez Veiga, U. (1999). *Pobreza, segregación y exclusión espacial. La vivienda de los inmigrantes extranjeros en España*. Barcelona: Icaria Editorial.

Mitchell, C. (1999). Orientaciones teóricas de los estudios urbanos en África. En M. Banton (Ed.), *Antropología social de las sociedades complejas*. Madrid: Alianza Editorial.

- Mujica Petit, J. (2004). El desafío de la solidaridad: Condiciones de vida y de trabajo de los peruanos migrantes en Chile. Lima: OIT/Oficina Regional de la OIT para América Latina y el Caribe (Serie: Documentos de Trabajo, 178).
- Oslender, U. (2002) Espacio, lugar y movimientos sociales: hacia una “espacialidad de resistencia”. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*VI (115). Recuperado de: <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-115.htm>
- Park, R. (1999). *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Park, R. (1967[1925]). The City: Suggestions for the investigation of human behavior in the urban environment. En R. Mackenzie, R. Park y E. Burgess (Eds.), *The City*. Chicago: University of Chicago Press.
- Portal, A. (2007). Espacio público y transformaciones urbanas. En A. Portal (Ed.), *Espacios públicos y prácticas metropolitanas*. México: CONACYT.
- Portes, A., Guarnizo, L. y Landolt, P. (1999). The study of transnationalism: pitfalls and promise of an emergent research field. *Ethnic and Racial Studies* 22(2), 217-237.
- Stefoni, C. (2008). Gastronomía peruana en las calles de Santiago y la construcción de espacios transnacionales y territorios. En S. Novick (Ed.), *Migraciones en América Latina*. Buenos Aires: Catálogos.
- Thayer, E. (2007). *Inmigrantes ecuatorianos en la Comunidad de Madrid. La apropiación del espacio y la expropiación del tiempo*. Madrid: Editorial Complutense.
- Zorbaugh, H. (1974). Las áreas naturales de la ciudad. En G. Theodorson (Ed.), *Estudios de ecología humana 1*. Barcelona: Labor.